



No hay jirafas

Jesús Pérez Saiz

Diego colocó el balde de la ropa en el suelo de su habitación, metió la jirafa dentro y la prendió fuego. Al principio costó que ardiera, pero luego dio un fognazo que se levantó casi un metro. En cinco segundos se redujo todo a llamas pequeñas que empezaron a prender en el plástico del balde. Diego se agachó y aplastó las llamas con una caja de madera. Nada más hacerlo apareció su madre en el cuarto. Respiraba por la boca, rápido. Cogió a Diego por

el brazo, lo levantó y sopló sobre la caja que tenía en la mano. Estuvieron así unos segundos, sin decirse nada: él con la cabeza agachada, una caja de cerillas alargada en la mano derecha y la de madera en la otra; ella con la mano en la muñeca de su hijo y resollando. Al final le quitó la caja de las manos y la puso encima del escritorio, dada la vuelta y sobre un bolígrafo con dibujos de impalas. Después comprobó que el fuego estuviese apagado y que no hubiese traspasado el plástico del balde hasta el suelo de madera.

– Esto es peligroso, hijo, es peligroso para ti y para nosotros.

La jirafa era uno de los regalos que había recibido por la mañana, al cumplir diez años: una jirafa articulada que se podía desmontar para ver su anatomía, como el elefante que le tocó el año anterior, o el delfín de hacía dos.

Diego seguía con la cabeza hacia abajo y la caja de cerillas tan prieta que el cartón parecía un bollo de crema sujeto con un cinturón por el centro. – Me lo quedo yo –dijo su madre–, lo que no te guste me lo quedo yo, o lo tiramos, pero no puedes quemarlo, hijo, y menos en casa. ¿Lo entiendes?

La madre de Diego salió al pasillo, bajó las escaleras y fue hasta la cocina. Allí metió el balde en la pila y abrió el grifo. Después tiró las partes de la jirafa al cubo de la basura: la cara, los cuernos de la frente, la parte interna que no había ardi-do... Cerró el grifo y antes de subir a la habitación de Diego, llamó a su marido.

– Igual está harto de que le regalemos animales –dijo–. Ya hablaré con él.

Esa tarde, alrededor de las siete, Diego y su madre salieron al parque. No se encontraron a casi nadie, a ningún amigo de Diego; las clases ya habían empezado y Villate se había quedado bastante vacío, aunque aún hacía bueno. La madre bajó la cuesta hacia el paseo y allí Diego se levantó de la silla. Sintió débiles las piernas y torpes, como si anduviera sobre el cieno del río. Caminó despacio hasta los columpios y se apoyó en ellos. Cuando se sentó vio llegar a Eutiquio con su furgoneta y dejarla junto al molino viejo; el hombre sacó una carretilla de la parte trasera, puso dentro de la banqueta unas cajas de fruta vacías y una azada y dio la vuelta para entrar a su huerta. No se había percatado de que estuvieran Diego y su madre allí, pero cuando los vio se acercó a saludarlos. La madre era cliente suyo en el mercado de abastos sur, en Burgos; ella le compraba las verduras y hortalizas una vez a la semana: tomates, puerros, dos hojas de acelga, zanahoria en rama, calabacín, alubias verdes, brócoli, aguacates, manzanas, plátanos y alguna otra fruta según la temporada. Más o menos esa era su compra de siempre, la de los martes; los lunes Eutiquio dejaba a una empleada en el puesto y él se quedaba en el mercado de su

pueblo, en la plaza, al lado de una casa abandonada con soportales para cuando llovía o nevaba.

– Dame esa mano, chaval, que quiero ver lo fuerte que eres.

Diego le dio la mano y Eutiquio se la estrechó. Tenía los dedos muy gordos.

– Sigues fuerte, Dieguito, y cuando te recuperes lo serás mucho más, pero mucho más.

Eutiquio soltó su mano, le dio una palmada en el hombro y se agachó para verle la cara; Diego había bajado la vista a los trozos de ladrillo molido que había en el suelo del parque y no la levantaba. Después miró a la madre y ella que a qué venía esa timidez con Eutiquio.

Diego lo conocía bien, le había visto muchas veces en el mercado, en el de abastos sur y en el de la plaza, durante las vacaciones, y también le había visto trabajar la huerta cuando él y sus amigos entraban a la Selva, la chopera que había después de los columpios, junto al río; alguna vez le habían robado giganteas y todo. Pero en ese momento no podía levantar la vista. Eutiquio tenía un bulto en la frente parecido al de un señor que había conocido en el hospital y eso le asustaba.

Un ojo, le había dicho que era el señor del hospital, un ojo más y eso no es bueno.

Esa misma noche el señor le regaló dos libros de cuentos, y leyó uno que hablaba de unas hojas y un padre y un niño.

– Hace mucho tiempo –dijo–, un hombre llevó a su hijo al parque a ver caer las hojas secas de los árboles. Hicieron un lecho con las caídas y se tumbaron. Las hojas bajaban de los árboles como la nieve. Ellos cruzaron las manos justo encima de su cara para verlas flotar a cámara lenta. Poco después, al niño le cayó una hoja que le cubrió toda la visión. Su padre le dijo que la guardara, guárdala, que es una suerte que te haya caído. Ese hombre murió, pero el niño se hizo mayor y tuvo un hijo. Ese hijo enfermó tanto que murió antes de cumplir siete años. Entonces su padre se acordó de la hoja. Ya no pudo hacer nada por él, pero se la metió en el ataúd para que le acompañara, para que le diera suerte a él y al abuelo.

– La hoja le protegió –dijo el señor–, con ella los ojos malos no le veían. Pero ese tipo de hoja no se da en todos los sitios, no creas; en tu pueblo lo más fácil es que no se dé... –comentó el hombre después de cruzar la habitación de lado a lado.

– En Villate hay muchos chopos, en la Selva...

El señor había estado en Villate y sí, había visto alguna de esas hojas, pero no son fáciles de coger, dijo, y en la Selva, con las jirafas...

– ¿Jirafas?

– Sí, jirafas. Siempre andan cerca de esas hojas, aunque a veces no se las ve.

– ¿Son malas?

– No, malas, no, pero son muy altas, ven mucho y te lo pueden contagiar. Mira lo que tengo yo aquí en la frente.

– ¿Otro ojo?

– Un ojo de jirafa –hijo–, como sus cuernos, un ojo que ve tanto que pronto habré visto todo lo que me tocaba. Por eso tienes que hacerte con la hoja de la suerte, búscate una y guárdala.

– ¿Y si me encuentro con jirafas?

– Si te encuentras con ellas no las quites ojo por nada en el mundo; si lo haces, se te meterán dentro. Tú sostén su mirada y hasta que se cansen, que son muy impacientes.

El señor bajó luego la persiana y salió de la habitación al mismo tiempo que la madre del niño entraba.

– Es un niño muy listo y muy valiente –dijo en voz alta–. Tiene usted mucha suerte.

No volvieron a ver al hombre, pero Diego oyó decir a una enfermera que se había muerto.

– ¿Hay jirafas en la Selva? –preguntó Diego a Eutiquio en voz baja. El niño había levantado la vista de repente y la sostenía en la frente del hortelano, sin desviarla.

– Claro –Eutiquio se pasó la mano por el bulto de la frente–. Claro que hay, pero viven en el bosque de la Peña y no se suelen acercar hasta aquí más que alguna vez, en invierno, cuando nadie las molesta.

– ¿Me las podrías enseñar? A mí solo.

– Cuando quieras.

Desde aquel día, Diego siempre le pedía a su ma-

dre ir al paseo, a los columpios, para ver si se encontraban con Eutiquio, pero no coincidieron. Luego, cuando Diego pudo ya andar solo, se fueron a Burgos, al colegio; le vendrá bien, les dijo el médico. No obstante, cada fin de semana volvía al pueblo y al principio con su madre y luego con sus amigos iba al mismo sitio, a buscarle. Muchas veces entraban en la Selva con la bicicleta y hacían circuitos por una senda muy pequeña que había y saltaban en las rampas que formaban las raíces de algunos árboles. Él solía quedarse rezagado y daba vueltas por la puerta del molino, pero nunca lo encontró. Y cuando salían todos, el niño preguntaba a sus amigos dónde iban a estar y se quedaba un rato más a la entrada de la Selva, con un pie en el pedal y el otro en el suelo, esperando.

Finalmente, el último sábado de octubre, a eso de las ocho, cuando anochecía, escuchó a alguien salir de la Selva. Era Eutiquio, sin su furgoneta, con la carretilla y un par de calabazas grandes. El niño se acercó y Eutiquio le tocó la cabeza.

– Vaya pelo más fuerte te está saliendo –le dijo–; dentro de poco vas a tener más que yo otra vez.

El niño se fijó en el bulto, había crecido, y se salió de la bici, como para andar con ella al lado. Luego le preguntó si todavía estaban las jirafas.

Eutiquio le dijo que sí, que están siempre, aunque hacía mucho que él no las veía. Entonces entraron en su huerta, a un sitio al que no tenían acceso las bicis, un promontorio vallado y cubierto de zarzas. Desde allí le mostró a Diego una chopera grande cerca de la Peña, a poniente, una montaña con forma de sombrero que había a unos seis kilómetros. De hecho el sol se había puesto ya hacía un rato, pero aún se veía un hilo rojizo que iluminaba la chopera por detrás.

– Allí suelen estar –le dijo Eutiquio–, allí se reúnen casi todos los animales antes de acostarse y las jirafas vigilan para que no se acerque nadie. ¿Las ves?

– Yo, no. ¿Tú las ves?

– Yo tampoco; hoy no se las ve; son muy listas, como tú, y hay que ser más listos que ellas para verlas, y eso no es nada fácil.

– ¿Ellas nos ven?

– Estamos muy lejos, pero nunca se sabe.

El niño cogió una hoja del suelo y la puso en la palma de su mano. Siguió los nervios de la hoja con sus yemas, como si tocara las venas a través de la piel. La notó fresca. Estaba verde aún.

– ¿Cuándo se caen las hojas? –le preguntó a Eutiquio.

– Se están cayendo ya. A finales de noviembre se quedarán casi todos los árboles sin ellas.

Justo a mitad de ese mes de noviembre, el niño volvió a la Selva. Había estado con sus amigos, sin las bicis ya, y les había dicho que se iba a casa, pero en vez de hacerlo fue al molino viejo, a la valla, y desde allí llamó a Eutiquio. Nadie contestó. Volvió a llamar. Lo mismo. Diego empujó la portezuela de la finca y entró. Había una senda también, como en la Selva, y pasó junto a ella. Recordaba las calabazas que vio en octubre, el recuadro donde había tenido los tomates y el de las judías. A la izquierda había un terreno bastante grande con crisantemos, la mayor parte cortados, y el resto lo había arado Eutiquio. En esa parte, el niño no vio la senda y caminó sobre el terreno removido hacia los árboles. Pisaba sobre las hojas con tiento porque ya apenas se veía. En el horizonte, tras la montaña con forma de sombrero, se veía una franja de luz cada vez más oscura.

Cuando llegó al último árbol, Diego se quedó un rato parado, en silencio, contemplando el bosque de las jirafas. Estaba tan oscuro ya que sólo se veía una mancha por delante de la montaña. Nada más. Y no se oía otro ruido que el del viento. El niño entonces se dio la vuelta y con las manos y los pies empezó a hacer una cama de hojas. Estaban secas y guardaban el calor del aire que venía del sur. Cuando juntó medio metro de alto se tumbó e hizo lo que le había dicho el señor del hospital: cruzó los dedos de sus manos, las volvió sobre sus ojos, con las palmas hacia arriba, y se tumbó a ver las hojas caer a través de uno de los agujeros que formaban los dedos, como ver a través de un catalejo pero sintiendo el aire en la mano, el suelo bajo las hojas y el ruido de las ramas al moverse.

Cayeron muchas hojas, cientos de hojas, pero a él no le parecieron copos de nieve porque pasados unos minutos ya no veía nada; distinguía sombras gracias a la luz que venía del pueblo y al cielo estrellado, pero nada más: sombras, alas de murciélago, algodones negros; eso era todo. Cerró los ojos entonces y esperó hasta que se quedó dormido.

Se despertó unas horas más tarde, a eso de las once de la noche, con frío. Estaba tranquilo, no obstante, y recordó dónde estaba, lo que hacía allí, los algodones, las manos... Ya no las tenía entrecruzadas, sino apoyadas en el pecho, las palmas hacia abajo. Olía a hojas secas, pero no tenía ninguna sobre el cuerpo. Se volvió y cogió una que estaba apoyada en su costado. Por la textura parecía que acababa de caer, aunque no estaba seguro. Abrió la mochila para meterla dentro, pero luego la dejó caer desde encima de su cabeza. Después salió de allí agachado, con las manos por delante, moviéndolas para no darse de frente con nada.

Sus padres no estaban en casa. Llamó varias veces, pero no contestó nadie. Se imaginó lo que estaba pasando, pero no tenía fuerzas para ir a buscarlos. Se sentó en el banzo de la puerta y poco después apareció un vecino suyo con una linterna apagada en la mano. Le preguntó si estaba bien y le dijo que pasara a su casa, que iba a por sus padres. Le habían estado buscando todos, sus padres, sus amigos, los padres de sus amigos...

– Estoy bien –dijo, aunque tenía restos de hojas por la espalda y por el pelo, y la espalda mojada. No dio más explicaciones. Cuando llegaron sus padres les contó que se había escondido en la chopera de la Peña, que había visto jirafas y se había escondido en una cueva de hojas para que no le vieran.

Al día siguiente el niño tenía cuarenta de fiebre y tuvieron que ingresarle en el hospital. El internista les explicó que era mejor que permaneciera allí hasta que se recuperara, que todavía estaba débil por el tratamiento del verano y que era mejor evitar riesgos. La madre le contó entonces lo de la jirafa: “Igual –dijo– le puede ver alguien, no sé”.

El psicólogo del hospital fue dos días después,

cuando le bajó la fiebre. “Me llamo Juan”, le dijo, y luego le preguntó a él su nombre y qué tal estaba, qué hacía, si echaba de menos el pueblo, los animales... Diego contestó todas las preguntas y estuvo charlando con la misma naturalidad que él, incluso cuando salió el tema de las jirafas.

–Sí, sé cómo son, pero no me gustan mucho –le dijo. Juan dibujó una, con los cuernos más altos que las orejas, y se la enseñó.

–Sí, sí, así son; no tienen tan altos los cuernos, pero así son, y están en África, sí, pero también se pueden ver en mi pueblo, bueno, sólo algunas personas las pueden ver.

–¿Como quién?

–Como Eutiquio, el hortelano, y un señor que estuvo aquí cuando a mí me daban la quimio, pero ese se murió.

–¿Y tú las has visto?

–Yo no.

Al día siguiente fue Eutiquio a verle al hospital mientras estaba el psicólogo. Diego se enfadó. No habló en todo el tiempo y tampoco le quitó ojo a la frente del hortelano. Era un juego, decía Eutiquio, la imaginación...; el psicólogo le habló a Diego de la fantasía como a un adulto, y su madre le dijo que no pasaba nada, que si no quería hablar que no pasaba nada, que se irían todos, incluso ella, y el papá, pero que estaban allí para ayudar, sólo eso.

Diego hizo un movimiento con la cabeza y salieron todos. Eutiquio se fue y el psicólogo se sentó con los padres en el pasillo.

– El niño está bien –les dijo–. Tiene algo de preocupación por su estado, pero es normal; fantasea, sí, pero es muy cabal y no hay que preocuparse porque se haga un mundo con jirafas. Quizá si se familiarizara con ellas, mejor, pero yo no le daría mucha importancia.

Salieron del hospital a primeros de diciembre, pero tendrían que darle otro ciclo de quimioterapia, después de Navidad.

– Que haga vida sana mientras tanto –les dijo el oncólogo–, distracción, algún viaje, quizá, comer bien y, si puede ser, algo de deporte, natación, bicicleta... Yo creo que va bien, pero necesita otro ciclo.

– Sólo necesitas un ciclo más –le contó luego su madre–, nos lo ha dicho el médico, tenemos que pasar un ciclo más para derrotar a la enfermedad, para quemarla por dentro, y vamos a ganar, ¿eh, Diego?, vamos a vencer; dime que vamos a vencer.

– Vamos a vencer –respondió Diego. Después se volvió en la cama y le dio la espalda a su madre, hacia la ventana. Llovía y el viento hacía bailar las copas de los pinos.

– Y nos vamos a ir de viaje, hijo. Vete pensando dónde te gustaría ir.

– A Villate –dijo él–, sólo quiero ir a Villate y que me dejes en paz.

– Podemos ir a Disneylandia, o a ver delfines... .

– Quiero ir a Villate, mamá.

Tres días después llegaron al pueblo, en el puente de la Constitución. Una señora había calentado la casa y en ese tiempo Diego también se había recuperado un poco, había salido del hospital y había hecho ejercicio con su padre, un paseo después de comer, a la hora que mejor tiempo hacía. Se encontraba tan bien que sus padres le dejaron ir al cumpleaños de Luis el sábado y tomar chocolate con torta. No quiso siquiera que su madre lo acompañara. A las cinco fue hasta la plaza de Correos, llamó a la puerta de su amigo y entró con un libro de cuentos en la mano.

Era el primero en llegar, pero los otros entraron poco después y se sumaron a jugar con una videoconsola. Mientras, la madre de Luis preparaba el chocolate. Lo tomaron, abrieron los regalos y, media hora después, Diego fue donde su amigo y le dijo que se iba, que estaba cansado.

Salió, se puso el polar y luego un impermeable encima y en vez de volver a su casa se encaminó a la Selva. En la senda de entrada había barro, y por el acceso del molino se veían las roderas de una furgoneta. Diego se acercó a la valla y llamó a Eutiquio en voz alta. No tenía ganas de verle después de lo del hospital, pero tampoco quería encontrárselo si entraba en su finca. No hubo respuesta y entró. Todavía quedaban hojas en los

árboles, aunque había más en el suelo, marrones y negras ya, carcomidas por la lluvia y el frío.

Diego fue hasta el último árbol y miró hacia la montaña con forma de sombrero, a las manchas de los bosques que llegaban hasta su falda. Había más luz que la última vez que estuvo, pero el sol ya se había metido y la noche se iba a echar rápido. No vio jirafas, pero sí escuchó a un milano que sobrevolaba la chopera. Levantó la cabeza para localizarlo, y lo vio entre ramas, hacia el este, volando por delante de una luna nueva que acababa de salir. Luego se fijó en las ramas, y en que caían muy pocas hojas; una en un chopo de la derecha, otra que oyó por detrás. Al final hizo una cama, sacó un pantalón impermeable de su mochila y se tumbó; no esperaba que cayera ninguna hoja donde él estaba, pero se tumbó, puso las manos entrelazadas sobre la cara, algo abiertas para tener más visión, y esperó. La vez anterior, aunque estaba muy oscuro, tuvo la sensación de que las hojas caían como plumas, algo dones que flotaban en el aire. Sin embargo, ahora caían más deprisa, vencidas por el peso del tallo y dando vueltas sobre un eje imperfecto que las hacía variar su trayectoria, chocar con las ramas o el tronco del árbol y bajar desplomadas. Luego, cuando se hizo de noche, las oyó caer, pero sin verlas; escuchaba el viento y junto a él pequeños impactos, como gotas de agua que caen en un trozo de madera. En un momento dado empezó a tener frío y acabó metiendo las manos debajo de su anorak. Un amigo suyo, compañero de hospital, le había dicho que lo mejor era morir en el frío, en un iglú, que al principio duele, pero luego sólo se tiene sueño; a Diego el frío le dolía, le mordía los pies, a pesar de sus botas de piel, y la espalda, por abajo, con colmillos de aguja. Pero el sueño nada, no aparecía, y menos cuando empezó a oír su nombre en voz alta.

No sabía qué hora era, pero no podía ser muy tarde; las diez, quizá. Al otro lado del vallado había varias personas con linternas gritando su nombre; escuchó la voz de su padre, y vio haces de luz que se movían entre el ramaje. Las luces y las voces pasaron de largo sin que él dijera nada, y una hora después volvieron y salieron de la Selva.

Diego lo oyó e imaginó que después de aquello irían a Cascajo, otro de los sitios donde él solía ir con sus amigos, e incluso a la chopera de la Peña. Pensó en salir, pero a la vez se acordó de la hoja y de la placa de titanio en el pecho, el veneno en la sangre, el pelo caído en la almohada o las uñas desprendidas en los calcetines.

Pasó al menos una hora más antes de que Diego oyera sonidos distintos a los del viento o la madera de los árboles. Lo primero fue un coche, después la puerta y la cancela, pasos, un haz de luz y la respiración de Eutiquio a su lado. Acababa de poner su mano en el pecho de Diego.

– ¿Estás bien?

– Lo estoy.

– ¿Qué haces aquí?

– No te lo puedo decir.

– Es importante, ¿no?

– Lo es.

– Vamos a hacer una cosa, Diego. Yo voy a ir a avisar a tus padres y les voy a decir que estás bien, pero que tienes algo entre manos y no puedes volver hasta que lo hayas arreglado. Después pasaré por casa, cogeré ropa y me vendré aquí para que estés en condiciones. Yo no te voy a molestar, me voy a meter en el molino y si necesitas algo me lo dices. Pero tú a lo tuyo, ¿de acuerdo?, a lo tuyo estando bien, que lo que hagas, lo hagas estando bien.

– No les digas dónde estoy.

Eutiquio estuvo con los padres de Diego, los tranquilizó, y media hora después volvió a la Selva, solo, con un toldo del camión, un colchón, varias mantas, una bolsa de agua caliente y un termo con caldo.

– ¿Qué te han dicho?

– Que te quieren.

Diego se puso de pie y tomó un caldo mientras Eutiquio preparaba la cama. Cuando se fue, le dio las gracias y se acomodó lo mejor que pudo en la cama. Intentó sacar algo las manos por fuera, sujetando la bolsa de agua y con guantes. Abrió los ojos y esperó.

Al día siguiente, antes de amanecer, Eutiquio fue hacia donde estaba Diego y se dio cuenta de que estaba despierto. Tenía la cabeza vuelta hacia el

bosque de la montaña y respiraba con la nariz cogida. El hortelano le puso la mano en la espalda y frotó para darle calor.

– ¿Ya? –preguntó–. ¿Has conseguido lo que buscabas?

–No –contestó Diego, y se volvió más hacia la Peña. Eutiquio le ayudó a levantarse. Diego cedió, con la cabeza baja, y se dejó abrazar.

– Yo no sé lo que querías, Diego, majo, pero pasar una noche aquí, en diciembre, hay muy poca gente capaz de hacerlo.

– Me falta la hoja.

– ¿Qué hoja?

– La hoja.

Eutiquio no sabía nada de hojas, pero le contó a Diego que su padre se había ahogado en un río, cerca de la Peña. Fue a pescar cangrejos y desapareció.

– Yo estaba allí, junto a mi madre, comiendo unos bocadillos, y mi padre no volvió. Estuvimos una semana en el río buscándole; no apareció nunca. Yo era bastante niño, pero no me moví de allí hasta que me di cuenta de que mi padre ya se había ido, así, magia. Ahora le veo a veces en el cieno, cuando pesco cangrejos, con los ojos bien abiertos.

– ¿Como a las jirafas?

– Como a las jirafas.

Empezaba a amanecer ya y los dos se volvieron en silencio hacia el molino. Eutiquio había encendido la chimenea y tenía un tazón de leche caliente preparado. Diego tomó un sorbo y lo dejó. Después tocó la frente de Eutiquio y se fue a la ventana.

– No hay jirafas –dijo.

A continuación se limpió la cara en la manga del polar y salió. Tenía las piernas algo doloridas, los músculos rígidos, las rodillas de mecano. Se estiró y luego se agachó a coger una hoja que se había quedado pegada a la puerta. Diego miró hacia arriba para ver las que quedaban en los chopos. Luego cerró los ojos, levantó el brazo y soltó la hoja sin abrirlos, sin mirar dónde caía. Después se fueron en la furgoneta.

Era temprano, pero la persiana del salón de su casa estaba levantada. Nada más apagar el mo-

tor los padres de Diego se asomaron al ventanal. No se habían movido de allí, de la gloria, durmiendo a ratos, con mantas alrededor y tazas de café sobre la mesa camilla. Cuando vieron que era su hijo quien llegaba salieron a la calle. La madre le dio un abrazo y lo metió en casa. Diego cerró los ojos y no los abría ni decía nada.

– ¿Estás bien?

– Sí.

– ¿Tienes frío?

– No.

Ella le puso su mano en la frente y cogió un termómetro; se lo colocó en la axila y le frotó la espalda, mientras su padre lo cogía por los hombros y le atraía hacia sí.

Diego no dijo nada. Permaneció un rato allí de pie, recostado hacia el pecho de su padre, hasta que se sintió incómodo y subió corriendo a su habitación. Se cerró con llave. Los padres lo oyeron. Se acercaron de todos modos a la puerta y le hablaron.

Media hora más tarde lo escucharon salir y entrar en el baño; su madre le había llenado la bañera con espuma y sales de limón. Diego estuvo veinte minutos allí, se secó y bajó a desayunar; tomó un tazón de chocolate caliente que le había llevado la madre de Luis y unas tostadas. Luego se quedó dormido hasta la hora de comer. Cuando bajó a la gloria su madre le puso de nuevo el termómetro. Todo estaba bien. Por la noche, después de cenar, el padre se volvió a Burgos y ellos se quedaron en el pueblo.

Estuvieron en Villate hasta que empezó el ciclo de quimioterapia, a primeros de febrero. Diego perdió el pelo de nuevo, en la cabeza, en las cejas y hasta en los párpados, se le cayeron las uñas de los dedos, en manos y pies, se le hinchó un poco la cara y tuvo que volver a sentarse en una silla de ruedas. Sin embargo, en abril acabó todo y él dijo que quería ir al pueblo e intentar salvar el curso allí. Una tía suya, maestra, le dio clases particulares y él empezó a estudiar varias horas diarias y las fue aumentando a medida que iba encontrándose físicamente mejor. Un día de mayo, mientras estudiaba en su cuar-

to, escuchó pasar a una furgoneta con altavoces y música. Anunciaba un circo, el Gran Circo Ruso, el fin de semana en Villate, con sesiones para viernes, sábado y domingo por la tarde. Diego lo escuchó varias veces, pero estaba memorizando cuántos kilos de pescado comían las ballenas al día y no quiso mirar por la ventana de su habitación hasta que no acabara. Cuando lo hizo, se encontró a un metro escaso de la cabeza de una jirafa. Más allá, al fondo de la plaza, estaba la furgoneta del circo y al lado dos hombres que sujetaban a un dromedario con una cinta. La jirafa también tenía una cuerda atada al cuello, pero la habían dejado suelta y ella se había acercado al plátano que había justo frente a su ventana. Cuando Diego se asomó la jirafa masticaba unas hojas verdes. Su movimiento, sin embargo, hizo que la jirafa girara la cabeza y se quedó cara a cara con el niño, sin pestañear. Diego sostuvo su mirada y, con la mano derecha, abrió el cajón de su mesilla. La cabeza de la jirafa era mucho más grande de lo que él hubiera pensado, tan grande que ocupaba toda la ventana, y estaba algo asustado, pero sabía lo que tenía que hacer. Tanteó por el cajón de la mesilla hasta que sacó una caja de cerillas alargadas. Sin dejar de mirar a la jirafa cogió una de ellas y la encendió. La sostuvo delante de él, en alto, hasta que se consumió; luego encendió otra y otra más. La jirafa finalmente dejó de mirarle y volvió al plátano. Diego bajó las escale-

ras, abrió la puerta de su casa y se puso junto al plátano, debajo de la jirafa. Allí encendió otra cerilla y la levantó hacia ella, todo lo que el brazo le daba de sí. Uno de los hombres que estaba junto a la furgoneta del circo empezó a acercarse y le dijo que no se pusiera debajo. Diego no le hizo caso y encendió otro fósforo, y otro más, todos juntos al final. La jirafa miró hacia abajo y se echó para atrás antes de darse la vuelta y andar hacia el dromedario. En ese momento Diego se dio cuenta de que había varias personas alrededor de la plaza pendientes de él: Ignacio, el de la tienda de ropa; Joaquín, el del bar; Jesús Ángel, el carnicero, y Tere, la librera. También estaba Eutiquio.

Diego se volvió hacia él y luego miró hacia arriba, al plátano. Una de las hojas del árbol que había movido la jirafa le cayó encima de la frente y le tapó los ojos. Diego soltó la caja de cerillas y se llevó las manos a la frente. Palpó la hoja y la notó entera. Luego la olió, se la pasó por la cara y la palpó con cuidado, sin abrir los ojos: era una hoja nueva, verde, con los nervios bien marcados y forma de escudo.

– ¿La hoja? –preguntó Eutiquio.

– No hay hoja –contestó Diego–, ni jirafas.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Sur de Burgos**